

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA
cuarta Semana.

*Sobre el alexarse de Dios, y el convertirse
à su Magestad.*

Hæc cum dixisset, magna voce clamavit: La-
zare, veni foràs: & statim prodiit, qui fue-
rat mortuus.

*Habiendo dicho esto clamó con alta voz: Lazaro,
salid: y al punto salió el difunto de la sepultura.*

S. Juan cap. 11. v. 43. y 44.

SEÑOR.

Quando el Salvador del mundo resucitó à la hija del Principe de la Synagoga, no habló palabra, y se contentó con tomarla de la mano, y levantarla: *Tenuit manum ejus, & surrexit puella.* (a) Quando resucitó al hijo de la viuda de Nain, habló, y como Señor, con imperio: *Adolescens tibi dico, surge.* (b) Mancebo, contigo hablo, levantate, Yo te lo mando; y obedeció el difunto en el mismo instante: *Et resedit, qui erat mortuus.* Pero qué hace para resucitar à Lazaro? No solamente habla, sino alza la voz, pide à su Padre que le oyga, llora, se conmueve y se turba:

(a) Matth. 9. v. 25. (b) Luc. 7. v. 14.

ba: *Clamavit, lacrymatus est, infremuit, turbavit se ipsam.* No nos espantemos, Christianos, de la diferencia de estas tres resurrecciones: ved aqui todo el misterio que encierran segun el pensamiento de San Agustin. La hija del Principe de la Synagoga acababa de espirar; tenia aun por decirlo así, el alma en los labios: darla la vida, era (à lo que parece) un milagro fácil à Jesu-Christo: así, no le costó sino querer. El hijo de la viuda de Nain, no solamente estaba difunto, sino para ser sepultado; le llevaban ya à la tierra, y le hacían el funeral actualmente: el resucitarle era efecto de un poder mas absoluto: y por eso usó el Salvador del imperio. Pero Lazaro habia quatro dias que estaba en el sepulcro: y hacer que reviviese un difunto de quatro dias era la obra mas primorosa, y como el mayor esfuerzo de la Omnipotencia de Jesu-Christo.

Pues todas estas sombras, hermanos mios (dice San Agustin) nos representan unas grandes verdades: y estas resurrecciones visibles, si sabemos penetrar el secreto que encierran, son otras tantas reglas que nos propone Dios para otra resurreccion interior è invisible, pero mucho mas importante, que es la de nuestras almas. Estemos atentos para entender lo que el Hijo de Dios nos quiere enseñar; llamemos à la puerta para que nos abra: *Omnia ista innunt nobis aliquid, intentos nos volunt.* Y para alcanzar las luces del Espiritu Santo, que es quien puede darnos la inteligencia de nuestro Evangelio, imploremos el favor de la Madre de Dios, diciendola: AVE MARIA.

Es evidente, Christianos, que Jesu-Christo resucitando à Lazaro, no solo quiso dar una prueba clara y convincente de su Divinidad à los Judios, sino mostrarnos en todas las circunstancias de este milagro las lamentables conseqüencias del pecado, y los maravillosos efectos de su gracia. Las lamentables conseqüencias del pecado, para infundirnos horror; y los maravillosos efectos de la gracia, para despertar nuestra confianza, y avivar en nosotros el zelo de hacernos santos. En efecto, ciñendome

ah Evangelio, y entendiendole en sentido moral, según la interpretación de San Agustín, pero sin apartarme de la historia, descubrió en él dos cosas muy útiles para nuestra común enseñanza, y en ellas se dividirá este discurso: conviene à saber, el estado de un justo que se pervierte; y el de un pecador que se convierte. El de un justo que se pervierte, representado de la muerte de Lazaro; y el de un pecador que se convierte, representado en su resurrección. El uno y el otro representados tan naturalmente (como vereis) que todo lo que hemos de decir de Lazaro, ò muriendo ò ya difunto ò volviendo à la vida y resucitado, os instruirá en las verdades más esenciales que hablan con nosotros; ò quando nos apartamos de Dios, ò quando nos volvemos à su Magestad. Venid, pues, justos y pecadores. Venid, justos, y reconoced en este retrato; que la imagen de un difunto, amigo de Jesu-Christo, os hará temer sumamente la muerte de un alma por el pecado. Venid, pecadores, y contemplaos en este mismo retrato; que la imagen de un difunto de quatro dias, resucitado ya, os ha de hacer (si os quereis aprovechar de la doctrina que os predico) no solamente desear, sino esperar la resurrección de vuestra alma por la gracia. Venid, justos, y aprended los pasos que conducen aun à los amigos de Dios à la perdición; esta será la primera parte. Venid, pecadores, y vereis los caminos por donde debéis andar para llegar à una conversión sólida y verdadera; esta será la segunda parte. Dichoso yo, si puedo con este medio obligar à los unos à no caer de su estado de gracia, y à los otros à salir del estado de la culpa.

I. PARTE.

Aunque el hombre despues de su caída tenga una inclinación natural, y por consiguiente una infeliz facilidad de pervertirse, no obstante la experiencia nos muestra, que ninguno, por lo regular, se pervierte repentinamente, sino por grados, poco à poco, y muchas ve-

ces

ces con un modo imperceptible se va aumentando su desorden; y no podia el Espiritu Santo ponernos à los ojos una imagen mas viva de este infeliz progreso, que representandonos el exemplo de Lazaro. Porque no sin misterio el mismo Lazaro, que por particular disposición de Dios habia de ser imagen de un pecador, se nos representa por el Evangelista en cinco estados diferentes. Lo primero, como enfermo, y en un sumo descacamiento: *Erat quidam languens Lazarus*. Lo segundo, como adormecido, y en un sueño à manera de letargo: *Lazarus amicus noster, dormit*. Lo tercero, como difunto, y sin señal de vida: *Lazarus mortuus est*. Lo quarto, como sepultado de quatro dias: *Quatriduanus est*. En fin, como corrompido, y que ya despedia mal olor: *Domine, jam facter*. Pues qué idea se puede tener mas ajustada de la infelicidad de un alma, que engañada por la pasión, y arrastrada de los hechizos del mundo viene insensiblemente à estragarse? No tiene al principio otra señal de su desenfronamiento, que un cierto desmayo en el servicio de Dios: de ahí viene à caer en una especie de letargo, y en un profundo sueño para todo lo que pertenece à sus obligaciones, y al cuidado de su salvación; poco despues pierde la vida de la gracia por el pecado, y con frecuentes recaídas se sepulta (por decirlo así) en la costumbre de pecar; y para que esta aplicación sea cumplida, estando inficionada en sus dictámenes, y en sus costumbres, despide tambien un mortal contagio que corrompe à los demás con su mal exemplo. No es este el modo con que cada dia se cumple este misterio de iniquidad, y con que un alma descende, sin conocerlo, hasta lo profundo del abismo? Escuchadme, y no perdais una doctrina tan christiana como esta.

El primer paso que conduce à la muerte del alma, es el desmayo: *Erat quidam languens*. No es este (dice aqui San Bernardo) aquel desmayo de amor, que alegaba por merito para con su esposo divino la esposa de los Cantares, quando decia à las hijas de Jerusalem: *Adjuro vos, si inveneritis dilectum meum, ut nunciatis ei, quia amore*

Tom. III. Quaresma.

Rr

lan-

languet: (a) Yo os conjuro, que si hallaréis à mi amado le digais: que el amor que le tengo me causa desmayos: porque estar con estos accidentes nacidos del amor de Dios no es imperfeccion; sino la perfeccion misma. Ni tampoco aquel desmayo involuntario nacido de la ceguedad, de que se quejaba David quando le decia à Dios, llevado del sentimiento de su miseria: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*; (b) mi alma, Señor, está delante de Vos como una tierra sedienta y sin riego: porque esta ceguedad que afligja al Santo Rey, podia ser una prueba rigurosa de Dios, sin ser culpa de que pudiese reprehenderse. Quando digo, pues, *desmayo* en el servicio de Dios, concibo, y habeis de concebir conmigo, un desmayo de infidelidad; un desmayo que no puede el hombre atribuir, sino à sí mismo, y cuyo efecto ordinario es afloxar poco à poco en aquella exáctitud con que el fervor se mantenía; se desalienta uno en cumplir con sus obligaciones; se enfada de la devocion y la dexa, dexa la oracion, se retira de la frecuencia de los Sacramentos, le disgusta la palabra de Dios, tiene horror à los exercicios de penitencia: las obligaciones mas comunes de la Christianidad se le hacen pesadas; se dispensa facilmente de ellas, y no las cumple sino con sumo descuido: en una palabra, no sirve ya à Dios con el espíritu, sino por ceremonia, honrandole con los labios, y no con el corazon: *Populus hinc labijs me honorat*. (c) Este es el retrato que en otro tiempo hacia San Bernardo de este caimiento espiritual; y quiera Dios que no nos haya hecho sentir à nosotros la experiencia, lo que una discrecion sabia y el espíritu de Dios habían hecho conocer al Santo.

Seria inútil decirlos, pues, este caimiento es un estado injurioso à Dios, que por vosotros mismos lo entendeis bastantemente, y su Magestad se ha declarado bien en la Escritura. Por qué en la ley antigua desechaba Dios expresamente las victimas enfermizas, sino porque (como di-

(a) Cant. 5. v. 8. (b) Psalm. 142. v. 6. (c) Isai. 29. v. 13.

dice San Juan Christostomo) la victima que se le ofrecia representaba à un alma christiana, cuya piedad viva y ardiente habia de ser el verdadero sacrificio de la ley de gracia; y no hay cosa mas indigna de Dios que un alma tibia, que ni se mueve de la consideracion de sus perfecciones, ni del reconocimiento de sus beneficios, ni del terror de sus juicios, ni del zelo y amor de su boadad? Vosotros me preguntais, decia su Magestad à los Israelitas, en qué me deshonrais? Y yo os respondo, que en ofrecerme unas victimas despreciables, en traer à mis altares lo enfermizo y achacoso de vuestros ganados: *Dixisti: In quo despeximus nomen tuum? Si offeratis claudum, & languidum, nonne malum est?* (a) Pues esto nos dice à nosotros. Sois vivos y activos en todo lo que pertenece al mundo, pero co conmigo sois tibieza y frialdad; solamente quando el punto es de vuestros negocios temporales, de vuestros intereses y de vuestra fortuna, empleais todo vuestro ardimiento, y se aumentan vuestros cuidados; pero si se trata de mi gloria, sobre una obligacion christiana, sobre hacerme alguna oracion, asistir al formidable misterio de mis altares, exáminar lo interior de vuestras conciencias, meditar mi ley y observarla, oir mi palabra y sacar provecho de ella, todo es tibieza y descuido. Id mundanos, id à buscar un Dios que pueda darse por servido de vuestro culto, y se dé por honrado con él; que de mí no teneis que esperar sino justas reprehensiones, y castigos rigurosos. Dolencia no menos perniciososa al hombre, que injuriosa à Dios: porque es una especie de enfermedad, que apenas pueden curar los remedios mas eficaces: y en la practica esta cura es tan rara como dificultosa; y así se ve, que son mas los impios que se convierten sinceramente, que las almas tibias que recobran el espíritu de fervor; las consecuencias tambien de este mal son mas funestas que el mismo, y tanto mas dignas de temerse, quanto menos se temen; ni se ve mu-

bsv

Rr2

chas

(a) Malach. 1. v. 6. & 8. (d) 77. v. 12. (e)

chas veces el peligro, porque con el pretexto de estar libre de algunos vicios groseros, se vive con una seguridad engañosa; en fin, por esto dice el Espíritu Santo a los tibios en el Apocalypsi estas espantosas palabras: *Utinam frigidus esses, aut calidus; (a)* pluguiera al Cielo que fueseis del todo de Dios, ò del todo contra él; pero esta doctrina me condujera muy lejos: pasemos à otro punto.

Del desmayo se cae en un profundo sueño, y el paso de uno à otro es tan natural, que segun el Texto sagrado es como infalible. En este primer estado que acabo de notar, por descaecida que estuviese el alma, no estuviera aun total y absolutamente insensible para los movimientos de la gracia; aun se humillara y sintiera algunas veces su floxedad; aun la causara horror alguna vez esta amenaza: *Sed quia tepidus es, incipiam te vomere ex ore meo*, porque sois tibio empezaré à arrojaros de mí; aun oyerá de quando en quando la voz de su conciencia para librarse de esta desgracia; un Predicador solido y eficaz, una advertencia viva y fuerte, una enfermedad, una desgracia y una afliccion no dexaran aun de tener alguna fuerza para despertarle, y para inspirarle, à pesar de su tibieza, buenos deseos. Pero en el estado de que hablo y me lamento, nada de esto se experimenta. Lo que causaba al alma unos horrores santos, no se los causa ya; lo que la daba remordimientos, no se los da; lo que la excitaba à dolor, ya ni aun se dexa sentir; lo que la causaba confusion, ya no la da empacho. Y por qué? Porque se ha apoderado de él el sueño. En quanto à lo esencial aun está en amistad de Dios; pero está como estaba Lazaro, de quien el Salvador decia: *Lazarus amicus noster, dormit*. Y como el sueño del cuerpo impide y suspende todas las operaciones de los sentidos, así en este desorden en que se halla el alma, parece que tiene ojos para no ver, y oídos para no oír: *Ut videntes non videant, & audientes non intelligant.* (b)

2015

878

Ved

(a) Apocal. 3. v. 15. (b) Luc. 8. v. 10. (c) 1. Cor. 13. v. 12.

Ved aquí, amados oyentes míos, el infeliz estado de aquellos tres discipulos que Jesu-Christo habia escogido para que le acompañasen en el huerto, y fuesen testigos de sus ultimos sentimientos en la víspera de su Pasion. Este Salvador admirable acababa de apartarse de ellos, dexandolos advertidos, de que llegaba la hora en que su fidelidad habia de ser puesta à prueba de la mas violenta tentacion. Les habia representado el peligro en que se hallaban, y el escándalo que causaria su floxedad, si se dexaban llevar de ella. Habiales exhortado, à que estuviesen con cuidado, y en vela: *Vigilate.* (a) Así, digo, les habia hablado para exhortarlos al combate; pero muy presto los halla cargados del sueño, y dormidos: *Et invenit eos dormientes*. Exemplo terrible de lo que cada dia nos sucede en la conducta de nuestra salvacion. Causa espanto, y con razon, que con tantos oraculos de la palabra de Dios que continuamente nos estan diciendo à voces, *velad*, sean tantos los Christianos, por otra parte prudentes segun el mundo, que se duermen en el cuidado esencial de lo eterno. Y en efecto, no es cosa casi incomprehensible, que un hombre instruido en los principios de su Religion, que conoce la necesidad y dificultad de salvarse, que se ve cercado de precipicios y escollos; que sabe que el mundo para destruirle en todo le pone lazos; que el enemigo, como leon que brama, anda dando vueltas para tragarle; que la muerte está como ladrón en acecho para sorprenderle; que está en vísperas de un juicio sin misericordia, y à vista de una eternidad bienaventurada ò infeliz; conociendo todos los riesgos que tiene, pueda caer en tal adormecimiento, y perseverar en él? Esto no entendemos, porque no subimos hasta la fuente, y hasta los juicios de Dios. Porque la verdad es, que tiene Dios parte en ello; y este sueño de que nosotros somos la principal y primera causa, es al mismo tiempo uno de los mas rigurosos efectos de su justicia. Quién nos enseña esto? El mis-

(a) Matth. 26. v. 41.

mismo Dios por estas palabras de Isaias demasíadamente expresas para dudar de ellas, y demasíadamente funestas para que no nos hagan estremecer: *Quoniam miscuit vobis Dominus spiritum soporis, & Propheas vestros operiet* (a), porque el Señor os ha infundido un espíritu de sueño; es decir (como explica San Agustín) porque movido de vuestras infidelidades ha permitido que el sueño os oprima, vuestros ojos estarán cerrados à la luz y à las mas claras verdades, y vosotros sordos à la voz de los mas zelosos Profetas. Ellos os hablarán, y vosotros no los oireis: ellos os reprehenderán, y vosotros no los creereis. Pues no sucede esto instantaneamente, dice sobre este punto San Juan Chrisostomo; sino como las Virgenes necias del Evangelio, de un sueño ligero, que fue el principio de su desgracia, vinieron à dormirse de todo punto: *Dormitaverunt omnes, & dormierunt*; (b) así sucede con un mundano que dexa à Dios, y es desamparado de su Magestad. El encanto del siglo, el resplandor de la prosperidad, el amor del deleite, la libertad, la independencia, la impunidad; todo esto le adormece poco à poco, hasta reducirle al lamentable estado en que la Escritura nos representa al desventurado Jonas quando en medio de la tempestad, mientras los demas estaban llenos de susto, solo él estaba sepultado en un profundo sueño: *Et dormiebat sopore gravi*. (c) Un Predicador puede dar voces, y un Confesor exhortar y amenazar; pero despues de haber bebido este caliz de sueño, y despues de estar embriagado de él con los pasos que se han dado en una vida sensual y mundana, no hay como despertar: *Dormiebat sopore gravi*. Y así, Christiano floxo, así os haceis mas insensible cada día, bebiendo el caliz de la ira de Dios, segun Isaias, hasta apurarle: *Qui bibisti de manu Domini calicem iræ ejus: usque ad fundum calicis soporis bibisti*. (d)

(a) Isai. 29. v. 10. (b) Matth. 25. v. 5. (c) Jon. 1. v. 5.
(d) Isai. 51. v. 17.

El mal puede pasar, y pasa mas adelante; porque este sueño conduce en fin à la muerte, y en esto se parece el destino infeliz del pecador al de aquel Principe reprobado, de quien se dice en el libro de los Jueces, que juntado la muerte con el sueño pareció herido del Cielo en el mismo lugar que le habia de servir de asilo: *Qui soporem mortis consocians, defecit; & mortuus est*. (a) Porque imaginar que en tal caso puede mantenerse la vida de la gracia: lisonjearse de que sin muestra alguna de Religión, ni exercitar sus obras, se ha de poder conservar el espíritu; creer guardarse de aquella muerte segunda que causa el pecado, sin dar à Dios alguna señal de vida, es engaño, Christianos, y confianza presuntuosa. Se muere, y se dexa absolutamente de vivir para Dios; y no solamente es verdad decir: *Lazarus dormit*: Lazaro duerme; sino es preciso añadir: *Lazarus mortuus est*: Lazaro ha muerto; porque el pecado (hablo del mortal) ò la muerte del alma por el pecado se sigue à su sueño: una murmuracion grave en que se cae, un odio secreto que se fomenta en el corazon, un impetu de venganza que no se reprime, una injusticia que se cémete, y otros muchos generos de pecados contra los quales no se vela, acaban de apagar en el alma christiana aquella centella de vida que le habia quedado. De ahí se sigue, que este justo en quien la gracia producía operaciones santas y meritorias; este justo, que à pesar de sus floxedades tenia aun el habito de la caridad; este justo, que aunque estaba à peligro de muerte, no dexaba de ser hijo y amigo de Dios, despojado de esta gracia que le animaba, no es ya delante de Dios sino un triste cadaver sin accion ni movimiento: *Lazarus mortuus est*. Y el colmo de la desgracia es, que se viene à parar en esto sin saberlo; y con una ceguedad incomprehensible (porque no tiene exemplar en la naturaleza) juzga siempre el pecador que está vivo, aunque en los ojos de Dios está difunto.

Esto,

(a) Judic. 4. v. 21.

Esto, amados oyentes míos, casi nunca dexa de suceder en el discurso de una vida descuidada; y este fue el estado de aquel Obispo à quien decia Dios: *Scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, & mortuus es*: (a) Yo sé qué obras son las tuyas; en el mundo pasas por vivo, y en la virtud estás muerto. Como si le hubiera dicho: Sé que te has adquirido en el mundo una vana estimacion; sé que hay hombres engañados con la falsa apariencia de tu virtud; sé que eres tenido por hombre de bien y de piedad; pero sé tambien, que de todo esto no tienes mas que el nombre: *Nomen habes quod vivas*. Sé que con todo ese lustre que deslumbra los ojos, un pecado que la passion te oculta, y en que te ciega; un pecado que ignoras, pero que no dexa de agravar tu conciencia; un pecado que te disimula à tí mismo, da la muerte à tu alma: *Nomen habes quod vivas, & mortuus es*. Pues esta reprehension à cuántos de mis oyentes se podrá aplicar? Cuántos Christianos hay en opinion de justos, y aunque tienen en efecto todas las apariencias de una vida inocente y pura, con todo eso estan como unos sepulcros blanqueados, llenos de corrupcion y de maldad? Cuántas mugeres se juzgan ajustadas y virtuosas, y estan libres de la censura del mundo, y con eso piensan que han cumplido con toda la justicia, y que estan seguras de parte de Dios, aunque muchos pecados de que no hacen caso, inmodestias, profanidad, gastos, necios, amor de sí mismas, aspereza con los pobres; un ocio perezoso, un juego sin regla, y unos divertimientos continuos y sin medida, son otros tantos principios de muerte para ellas? Cuántos hipocritas cuya vida baxo de un mentiroso esplendor de algunas acciones santas y virtuosas es solamente una fantasma que engaña? Y cuántos otros, que habiendose engañado, y no conociendose à sí mismos, juzgan que es santidad, virtud y religion lo que en la idea divina es puramente vanidad, interes è imperfeccion?

Pues

(a) Apoc. 3. v. 1.

Pues à todos estos se les puede decir: *Nomen habes quod vivas, & mortuus es*. Todos son (segun San Agustin) otros tantos Lazaros, en quienes es necesario que ostente Jesu-Christo la eficacia de su gracia omnipotente, para restituirles aquella vida divina que les hizo perder el pecado.

Milagro (prosigue el Santo Doctor) que en la execucion siempre está acompañado de dificultades y estorbos: pero los mas insuperables son, quando el alma asi difunta por el pecado, en lugar de recurrir prontamente al autor de la vida, y ponerse con la penitencia en estado de resucitar espiritualmente, se sepulta en el pecado con la costumbre de pecar: porque en esto viene à parar la maldad; y si puede haber orden en el desenfrenamiento de un alma que se pervierte, este es el que el Espiritu Santo nos hace advertir en él. Ese pecado, que es como una hoya que el pecador se ha abierto à sí mismo, viene à convertirse en sepulcro. No es ya un difunto de quatro dias, sino por lo que ha tardado en convertirse, y por el sosiego con que persevera en desgracia de Dios, quizá es un difunto de quatro años, y muchas veces, de diez, de veinte, y aun mas allá. Quereis, amados oyentes míos, que os represente en una palabra el horroroso estado en que se halla en tal caso? Imaginad el estado de Lazaro en el sepulcro. Tenia, dice el Evangelista, los pies y manos atadas, el cuerpo envuelto con un sudario, apretado con faxas, y estaba cubierto con una gran lápida: *Ligatus pedes & manus institis, & facies illius sudario erat ligata*. Tal es el hombre del siglo sumergido en su costumbre; mil estorbos le atan y le tienen asido à las criaturas; está envuelto en mil embrazos de conciencia, sin descubrir luz para salir de ellos; el peso de una costumbre prolongada le bruma, y pone el colmo à su desgracia, no menos que à su malicia. Ay! hermanos míos, concluye San Agustin, qué dificultoso es à un hombre à quien el pecado tiene sujeto de esta suerte, desembarazarse de él y levantarse! *Quam difficile surgit, quem tanta moles consuetudinis premit!* Si fuera no mas que un difunto, quiero decir, si este pecador sola-

mente fuera pecador , y no estuviera empeñado en su culpa , ni hubiera contratado obligacion particular por ella , pudiera facilmente volver en sí ; y à fuerza de clamar con el Apostol : *Infelix ego homo , quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (a) Desventurado de mi , quién me librará del cuerpo de esta muerte? pudiera esperar volver dichosamente à la vida : mas quando despues del pecado se vé estrechamente oprimido de sus prisiones ; quando el pecado , despues de haber sido causa infeliz de su muerte , le ha hecho entrar en unas negociaciones desgraciadas , le ha embarcado en unos comercios de que no se puede retirar sin hacer en el mundo un estruendo à que no se puede resolver ; le ha metido en un abismo y laberinto de cuidados sin termino , y ha puesto à su cargo los delitos ajenos : quando el pecado trae consigo restituciones y satisfacciones que han de tener costa , pero son indispensables ; ha menester Jesu-Christo toda la virtud de su gracia para arrancar esta alma del seno del pecado. Entonces este hombre Dios à vista de esta resurreccion milagrosa , siente los mismos movimientos de que estuvo combatido à vista del sepulcro de Lazaro. Porque , qué cosa , dice San Agustin , hay mas digna de las lagrimas de un Dios , que un alma criada à su imagen haya parado en esclava del demonio y de la culpa? Qué motivo mas capaz de inquietar à un Dios Salvador , que ver lo que él salvó , en la costumbre del pecado y en el centro de la perdicion?

En fin , despues de la sepultura se sigue la corrupcion del cadaver , y la infeccion que sale de él : *Domine , jam fetet*. Porque un pecador , cuyo interior está inficionado y corrompido , no para ahí , y quando quisiera parar no puede. Su dissolution ; que le convendria ocultar , se vierte à su pesar ácia fuera , y al paso que se va dando à conocer , se va haciendo contagioso. Como no hay cosa que mas sutilmente se comunique que el exemplo , cada exemplo que da lleva consigo aquel olor de muerte de que ha-

bla-

(v) Rom. 7. v. 24.

blaba el Apostol : *Odor mortis , in mortem* (a). Y como el mundo está lleno de almas flacas , que no tienen fuerza para resistir à las impresiones que reciben , no solamente las escandaliza , sino que las inficiona. Un Padre vicioso pervierte , aun sin querer , à sus hijos : una madre amiga de tener amantes que la festejen , hace que se acostumbre à los estilos del mundo una hija que está educando : un Señor desenfrenado hace à sus criados imitadores y cómplices de sus dissoluciones : una muger sin conciencia hace que toda una casa se desordene : un hombre licencioso y sin Religion , abusando de su ingenio , y esparciendo sus maximas erradas , basta para inficionar toda una Corte. Ay! Dios mio! La conversion de este pecador es obra digna de Vos : *Domine , jam fetet*. Es un hombre pernicioso para sí mismo y para los demas ; es un hombre estragado en sus costumbres y en sus opiniones ; mas al fin , por estragado que esté , puede ser objeto de vuestra gracia. Sé que es menester un milagro para convertirle ; pero este milagro , Señor , está en vuestras manos ; no depende sino de Vos el hacerle ; y este es , amados oyentes míos , el que voy à hacer que admireis en la resurreccion de Lazaro. Lazaro difunto , imagen de un Justo que se pervierte. Lazaro resucitado , imagen de un pecador que se convierte. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Es necesario , dice San Juan Chrysostomo , que la conversion de un pecador sea un milagro mayor que la resurreccion de un difunto ; pues los Fariseos , que no querian conceder à Jesu-Christo la calidad de Hijo de Dios , no se espantaron jamas de que resucitase los difuntos ; y al contrario se escandalizaron de que se atribuyese el poder perdonar los pecados. Tambien es verdad , que el Salvador del mundo no se valió de este absoluto imperio que tenia so-

Ss 2

bre

(a) 2. Cor. 2. v. 16.

bre la muerte resucitando los difuntos, sino para mostrar el que tenia sobre el pecado, convirtiéndolo y haciendo justos los pecadores; y su intento fue siempre (como repara San Juan Chrisostome) que lo uno sirviese de prueba y representacion de lo otro, y que el milagro visible que hacia, mandando à los difuntos que saliesen de sus sepulturas, nos representase sensiblemente el milagro invisible de su gracia, quando à un alma pecadora la manda salir de su culpa, y la saca con efecto del poder del infierno. Pues esto es, Christianos, lo que hoy se ve en el exemplo mas claro y mas celebrado del Evangelio. Apliquemonos à considerar este milagro: no se nos pase circunstancia alguna de él: y para guardar algun orden en esta materia, veamos lo que obligó al Hijo de Dios à resucitar à Lazaro; veamos qué condicion pidió antes de restituírle la vida; de qué palabra usó para concluir esta accion, en que echó el resto su Omnipotencia; cómo Lazaro, aunque estaba sepultado, oyó su voz y le obedeció; y en fin veamos lo que mandó à sus Apostoles, y lo que los Apostoles executaron luego que se abrió el sepulcro: y formemos de todo esto una idea de la conversion perfecta, y de la justificacion del pecador.

Qué es lo que obligó al Hijo de Dios à resucitar à Lazaro? El deseo ardiente de Marta y de Magdalena, el ruego instante de estas dos hermanas à favor de un hermano querido, que era la causa de su dolor. Porque esa fue la causa de haber enviado en primer lugar à su Magestad la noticia de su enfermedad: *Ecce quem amas, infirmatur.* Por esa misma causa Marta le salió à recibir, y echandose à sus pies le dixo: si Vos, Señor, os hubierais hallado aqui, mi hermano no hubiera muerto: *Domine, si fuisses hic, frater meus non esset mortuus.* Por eso le manifestó una fe y confianza tan grande, quando le respondió: Si Señor, yo creo que sois Hijo de Dios vivo, y que nada os es imposible: *Utique Domine, ego credidi, quia tu es Christus filius Dei vivi.* El Salvador del mundo estaba ya resuelto à hacer el milagro por otras razones, pero queria tambien que se lo rogase: queria que las apretadas instan-

tancias de Marta y de Magdalena fuesen uno de los motivos que le empeñasen à hacerle: queria por este modo manifestar el amor que las tenia; en una palabra, queria que Lazaro debiese à sus hermanas esta segunda vida à que estaba para renacer; y con un secreto que importaba descubrirnos, queria hacer dependiente de la intercesion y de la caridad de estas almas santas, lo que de su Magestad dependia absolutamente.

Excelente leccion, que no solamente apoya la fe Catolica en el punto de la intercesion de los Santos, sino que solidamente establece y confirma otro artículo de nuestra fe sobre la comunion de los Santos; quiero decir, sobre la obligacion de orar los fieles los unos por los otros. Leccion tanto mas necesaria el dia de hoy en la Christiandad, quanto menos parece que es atendida en ella. Explicome: Tenemos hermanos segun el espíritu, y por ventura segun la carne, que apartados del camino del Cielo, están en el de la perdicion, y en el estado de la culpa: Dios los quiere resucitar con su gracia; pero quiere que nosotros solicitemos y negociemos esta espiritual resurreccion, y cooperemos con su Magestad à ella. Quiere que se la pidamos con fervor, y que con nuestros ruegos y lagrimas le obliguemos de algun modo à que nos la conceda. Sin esta condicion no quiere abrir los tesoros de aquella gran misericordia que ha de ser principio de la salvacion y conversion de los grandes pecadores. Asi, dice San Fulgencio: No tuviera la Iglesia aquel vaso de eleccion San Pablo, si no hubiera hecho oracion San Estevan; y yo añado, que no tuviera al Doctor de la gracia San Agustin, si Santa Monica no hubiera llorado. Fue necesario que esta zelosa madre padeciese otra vez (si puedo explicarme asi) dolores de parto para reengendrar à su hijo para Dios, y que el primer Martir empezase la voz de su sangre para convertir su perseguidor en Apostol de Jesu-Christo. No estando entonces Agustino, ni Pablo en disposicion de hacer oracion por sí mismos, tocaba este oficio de caridad à los que habia escogido Dios, y tenían gracia para hacerle. De otra suerte, quién sabe si estos dos hombres,

lumberas del orbe Christiano, hubieran siempre perseverado en las tinieblas, el uno del vicio, y el otro del error? Pues lo que se vió milagrosamente en estas conversiones ruidosas, sucede cada dia con tantos pecadores, en quienes derrama Dios sus misericordias, porque hay Justos llenos de caridad que le ofrecen por ellos sus sacrificios, y gusta su providencia de hacer santos à los unos por la intercesion y socorro de los otros.

Ay! amados oyentes mios; cuántas almas habrá en el mundo perdidas, y como abandonadas de Dios, porque no hay quien pida ni se interese en su salvacion? Cuántas le pudieran decir à Dios lo que el paralitico decia à Jesu-Christo: *Domine, hominem non habeo?* (a) Tantos años ha que estoy en el lamentable estado de mi culpa, porque no tengo hombre que se duela de mi desgracia, ni piense en darme la mano. Si esa madre tan apasionada de su hijo le quisiera como madre Christiana, à fuerza de instar con Dios por su conversion le hubiera sacado ya de su vida perdida y desenfrenada. Si esa muger llena del mundo, en lugar de aquellos zelos que le han atormentado tan cruelmente, y tan vivamente la punzan aun, hubiera tenido un zelo santo como el Apostol, *Amulor enim vos Dei aemulatione* (b); es decir, si con un deseo verdadero de que su marido mudase de vida, y dexase sus malas costumbres, se hubiera encaminado al Cielo, hubiera tenido el consuelo de recobrarle para Dios. Si ese amigo sin resolucion y lisonjero hubiera mirado como obligacion de conciencia hacer que su amigo volviese sobre si, y hubiera recurrido à los altares para conseguirlo, de un impio hubiera hecho un hombre que sirviera à Dios fielmente. Mas dónde se hallan ahora estas amistades solidas? Dónde está este zelo puro, y esta caridad divina? No falta inquietud, pero es una inquietud como la de un Gentil: no dexa de haber algun zelo de los hijos, pero es un zelo fundado todo en carne y sangre. Si este hijo

(a) Joan. 5. v. 7. (b) 2. Cor. 11. v. 2.

en quien se idolatra, cae en una enfermedad peligrosa, cien veces se acude à Dios à hacer por él la oracion de Marta: *Domine, ecce quem amas, infirmatur*: pero si tiene una amistad reprehensible, si mantiene un trato que es causa de su perdicion, si su modo de vivir es desenfrenado y escandaloso, nada de esto da cuidado. Se suele decir, ahora es mozo, y no es mucho que la corriente del mundo le arrebathe, él volverá sobre si: y entretanto se le dexa en su vida licenciosa; y por ventura vive en ella para no salir de ella jamas, y para morir en ella.

Os diré, Christianos, que esta insensibilidad es uno de los puntos de que hemos de dar cuenta en el juicio de Dios, y que nos la ha de pedir Dios en el rigor de su justicia de estas almas de que no hemos tenido cuidado, siendonos tan facil concurrir à su conversion, y conseguirla? Esta doctrina fuera muy terrible para vosotros, y no debo empeñarme en ella, porque es mucho lo que comprehende. Sea como fuere, lo cierto es siempre, que en el orden de la predestinacion, conforme Dios ha sido servido de disponerle y manifestarle, la conversion de los pecadores está comunmente vinculada à las oraciones de los justos; y quizá de este modo ha salido de su abismo alguna vez alguno de los que me oyen, y seria el mas ingrato del mundo, si no hiciera por los otros lo que otros hicieron por él. Lo cierto es, que en esto consiste el zelo Christiano, y que si en lugar de tanto como habláis contra los impios, tomarais à vuestro cargo con una caridad sólida el rogar à Dios por ellos; Dios (que quiere convertirlos, por pecadores que sean) os concediera la gracia con que se han de salvar. Bien sé que hay pecados, por los cuales el mismo discípulo amado no nos aconseja que hagamos oracion, porque son unos pecados atroces, que van à parar à la muerte: *Est peccatum ad mortem; non pro illo dico ut roget quis* (a): pero entonces se ha de recurrir, dice San Agustin, al ardid de Marta: entonces hemos de hacer co-

(a) 1. Joan. 5. v. 16.

mo ella, que Jesu-Christo, como abogado mayor de los pecadores para con su Padre, como sumo Sacerdote, y medianero por excelencia, pida su salvacion, y le hemos de decir con esta muger bienaventurada: *Sed & nunc scio, quid quæcumque poposceris à Deo, dabit tibi Deus.* Es verdad, Señor, que no me toca à mi pedir un milagro tan singular como la conversion de este pecador endurecido; pero creo que si vos lo intentais, si aplicais por él vuestra intercesion omnipotente, no habrá cosa que no consigais. Si Christiano; Jesu-Christo hará propia vuestra causa, y en un instante se enternecerá y ablandará ese corazon de piedra: la gracia hará revivir en él los afectos de religion que la culpa habia apagado; este pecador abrirá los ojos, reconocerá su maldad, y la borrarà con su arrepentimiento. Causará admiracion en el mundo; mas nacerá este prodigio de un alma fiel, de una Marta piadosa, de una Magdalena ferviente que se habrá echado à los pies del Señor, y le habrá enternecido el corazon con sus llantos y gemidos.

Pero esto no basta; porque para resucitar à Lazaro mandó el Hijo de Dios que alzasen la piedra que cerraba la sepultura. Repararon en esta circunstancia los Padres, y sacaron de ella una importante doctrina para nosotros. En efecto (pregunta San Juan Chrisostomo) por qué pidió esta condicion el Salvador del mundo? Quando quiso resucitarse à sí mismo, y salir del sepulcro despues de su muerte, no fue necesario que se quitase la piedra. No podia hacer con Lazaro el mismo prodigio? Por otra parte; si esa piedra que ocultaba à Lazaro servia de estorbo, no podia quitar todos los estorbos con una palabra? Ay! hermanos míos, responde el Santo Doctor; uno y otro podia Jesu-Christo, y atendiendo à su poder absoluto, no estaba dependiente de condicion alguna el milagro que iba à hacer: pero este hombre Dios, que ordenaba todas las cosas segun los fines de su adorable sabiduria, y pretendia que este milagro fuese norma perfecta de nuestra conversion, no quiso hacer nada sin que cooperasen los que eran interesados en la resurreccion del difunto. Quiso que

los

los Judios, que esperaban este milagro, contribuyesen tambien, y que su ministerio sirviese para el cumplimiento de sus designios: quitar la piedra les era posible, y facil: y quiso que empezasen por ella. Esto nos representa uno de los puntos mas esenciales que hay en la justificacion de los hombres. Porque si estais difunto segun Dios, amados oyentes míos, si habeis perdido la vida de la gracia, quiere el Salvador del mundo hacer por vos y en vos un milagro; pero necesariamente habeis de quitar primero algunos estorbos. Es el punto resucitar vuestra alma, sacaros del abysmo del pecado, y renovaros en el espíritu: tiene poder este hombre-Dios; pero quiere primero que quiteis ciertas piedras de escandalo, que en el discurso de la vida ponen estorvos à su gracia, y la tienen cerradas las puertas de vuestro corazon. ¿Y qué sucede? Quisieramos lo uno sin lo otro: quisieramos que obrase en nosotros los mas maravillosos efectos de aquella gracia suya que vivifica, sin quitar los estorbos que ponemos à nuestra salvacion, y los queremos mantener en nosotros unas veces y otras fuera de nosotros. Quisieramos esto, pero en vano. Jesu-Christo es el Dios de los milagros, pero no debe ser pródigo de ellos, ni envilecerlos. Entre todos sus milagros es nuestra salvacion el que desea con mas ansia; pero la desea segun las reglas de aquella sábia misericordia à que desea que correspondamos, y quiere que nuestra fidelidad la acompañe. Esperar que para hacer este milagro ha de estar siempre pronto à hacer otro mucho mayor, que es convertirnos y salvarnos sin nosotros, es querer engañarnos à nosotros mismos: *Tollite lapidem;* quitad esa piedra: quiero decir, dexad ese trato, quitad allá esa profandidad, apartaos de ese juego, quemad ese libro, huid de esas fiestas, y evitad esas ocasiones: porque todas estas cosas son como unas piedras que os hacen impenetrable à los tiros de la gracia. Quando la gracia no halláre, estos estorbos, vereis, como Marta, la gloria de Dios, y se manifestará la gloria del Altísimo en vuestra conversion: *Videbis gloriam Dei.* Si no haceis esto, no os asegureis de que ha de haber milagros,

Tom. III. Quaresma.

Tt

quan

quando basta uno, ni esperéis que Dios os convierta y salve à vuestro gusto. Haced el juicio que quisieréis, siempre hemos de venir à parar en la palabra de Jesu-Christo: *Tollite lapidem*; pues es constante en los mismos principios de la fe, que la obra primera de la gracia, es apartar de nosotros quanto la estorva, y que en esto en primer lugar da à conocer su eficacia, y empieza à triunfar como victoriosa.

Quitada, pues, la piedra ¿qué hace Jesu-Christo? Este es el caso en que corre por cuenta suya el obrar. Alza los ojos y los brazos ácia el Cielo: dá gracias à su Eterno Padre, porque le ha oído: habla con una voz imperiosa con que se hace entender de Lazaro, y le manda salir de su sepulcro: *Clamavit voce magna: Lazare, veni foras*. Aquella voz magestuosa, que segun el testimonio de Jesu-Christo, penetra hasta las sepulturas: *Qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei*. (a) Aquella voz de trueno, que segun la expresion del Profeta, despedaza los cedros del Libano, hace division entre la llama y el fuego, mueve y hace estremecer los desiertos, esto es, doma la soberbia de la impiedad mas arrogante, apaga el ardor de la concupiscencia mas viva, y vence la resistencia de la impiedad mas obstinada: esa misma voz hiere en los oídos de Lazaro, y le hace salir de la estancia de la muerte: y obedeciendo al imperio de esta voz, en el mismo instante sale Lazaro de la obscuridad del sepulcro: *Et statim prodit qui erat mortuus*. Mientras estaba encerrado en ese lugar de tinieblas, estaba oculta la virtud de Jesu-Christo: es necesario que salga afuera, que se manifieste, y que sea visto, para quedar perfectamente resucitado: *Lazare veni foras*. Pues este es el exemplar (dixé San Agustin exhortando à un pecador, y enseñandole los actos de una penitencia verdadera) este es el exemplar con que habeis de conformaros, y el que os habeis de aplicar à vos mismo: mientras huís de la luz, mientras os quedais

(a) Joan. 5. v. 28.

envuelto en las obscuridades de una conciencia llena de pecados, mientras no descubris lo interior de vuestra alma, esta gracia que hace revivir los difuntos, no tiene para vosotros ningun efecto de vida: es necesario que os deis à conocer, y que con una sincera confesion de vuestros delitos salgais, como otro Lazaro, fuera del sepulcro; *Et statim prodit qui erat mortuus*. Es necesario que se manifieste lo interior de vuestras almas, y que sin esperar al juicio de Dios, comparezcáis en el tribunal de sus Ministros, y que con humildad, y sin excusa les declareis lo que por ventura mucho tiempo há que habeis pretendido ocultaros à vos mismo. Porque Dios ha querido que la gracia de vuestra justificacion sea inseparable de esta declaracion. Esto dizeis que os inquieta, y que no podeis pensar en ello sin alteraros; pero no por eso os es menos provechoso, ni menos necesario; y es prueba de su necesidad la misma inquietud que os causa; ¿Por qué el Hijo de Dios se conturbó al resucitar à Lazaro, sino por enseñaros lo que os debia turbar? *Quid enim est quod turbavit semetipsum, nisi ut significaret tibi, quod & tu turbari debeas?* Estas son las palabras de San Agustin. Se turbó, añade este Padre, porque quiso; y nosotros nos hemos de turbar, porque es necesario, y porque esta turbacion nos es conveniente: *Turbatus est, quia voluit; nos, quia decet, & oportet*. Su turbacion fue un testimonio de su caridad y misericordia, la nuestra debe ser de nuestro arrepentimiento. No, amados oyénteos míos, no temais turbaros quando os hallais en estado de culpa; temed que no os turbais bastantemente, pues sola la turbacion de la penitencia Christiana os puede salvar. Turbaos, para que Dios (segun el oraculo de David) cure las llagas de vuestra alma, y movido de vuestro dolor y de vuestras lagrimas las convierta en remedio de vuestros males: *Sana contritiones ejus, quia commota est*. (a) Si es poco aun el turbaros, bramad con Jesu-Christo; mas con el espíritu,

T 2

y

(a) Psalm. 59. v. 4.

y segun las máximas de la fé. No os contentéis con un puro horror que se pasa presto, y se queda en los sentidos exteriores: porque el hombre, dice admirablemente San Agustin, debe bramir contra sí mismo. ¿Cómo? Confesando sus pecados. ¿Y por qué? Para que la costumbre de pecar ceda à la violencia y eficacia del arrepentimiento: *Homo enim quasi fremere sibi debet in confessiones peccatorum, ut violentie penitenti cedat consuetudo peccandi.*

Despues no falta, Christianos, sino que los Sacerdotes representados por los Apostoles, ò por mejor decir, que representan à los Apostoles y à Jesu-Christo, os desaten como à Lazaro: *Solvite eum, & sinite abire.* Con esto empezarán à exercitar en vuestro favor, su oficio; y en virtud de la absolucion juridica que ha puesto en sus manos la gracia, están revestidos de la autoridad de Dios para libraros de las prisiones de las culpas: *Solvite eum.* Reparad que el Hijo de Dios no dice à sus discipulos solamente al mostrarles à Lazaro: Declarad que está desatado, sino desatadle vosotros: *Solvite.* Para darnos à entender (esta es la aplicacion que hace el Concilio de Trento de esta semejanza, y sus palabras nos han de servir como decision expresa è infalible) para darnos à entender, que lo que llamamos absolucion en el Sacramento, no es una comision pura, ò de anunciar el Evangelio, ó de declarar que los pecados están perdonados; sino un acto de jurisdiccion, con el qual el Ministro, que está en lugar de Jesu-Christo, pronuncia, executa, perdona y justifica. Por esta misma razon Jesu-Christo (segun la sólida advertencia del Abad Ruperto) usó en esta ocasion de las mismas palabras de que habia de servirse al hacer à los Ministros de su Iglesia esta promesa solemne: *Quicumque solveritis super terram, erunt soluta & in caelo;* (a) todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el Cielo. Promesa, con la qual no pretendia precisamente darles à entender, que lo que hubiesen desatado en la tierra, quedaria desata-

(a) Matth. 18. v. 18.

tado para la tierra, como si no debiera absolver sino de solas censuras de hombres: antes queria con ella expresamente obligarse à desatar en el Cielo lo que ellos hubiesen desatado en la tierra: *Erunt soluta & in caelo.* Porque en efecto el privilegio especial del Orden y del Sacerdocio habia de ser poder desatar las conciencias respecto del juicio de Dios. ¡O! hermanos míos, concluye San Agustin en la parafraasis de nuestro Evangelio; ¡qué dicha, y qué provecho fuera el nuestro, si pudieramos, siguiendo estas reglas, resucitar à los pecadores, y resucitar nosotros con ellos! *O si possemus excitare homines mortuos, & cum ipsis pariter excitari!* De suerte, añadia este Doctor incomparable, que nos moviese el amor de aquella vida eternamente bienaventurada, tanto como mueve à los mundanos el amor de esta vida mortal que cada instante se les huye: *Ut tales essemus amatores vite permanentis, quales sunt amatores hujus vite fugientis.* Quiera Dios, Christianos, que haya en vosotros algunos de este carácter, y que no haya sido infructuoso el haberos descubierto este milagro grande de la resurreccion de las almas. Quiera Dios que en los que me oyen haya algun Lazaro, que salga de su sepulcro convertido y justificado. Quizá tiene Dios destinado para esto el mas obstinado y perdido de aquellos con quienes hablo. Quizá es el afortunado escogido de Dios, aquel de quien menos aguardais esta maravillosa mudanza, y sabeis que hace mayor resistencia. ¿Por qué no lo he de esperar? ¿Por qué he de poner limites à la gracia de mi Dios? ¿Se ha abreviado el brazo del Señor? ¿El Dios de Elias no es aun Dios de Israel? ¿No es siempre dueño de los corazones? ¿No tiene el mismo poder que tenia quando resucitaba los difuntos? ¿No hace que se ostente mas divinamente su misericordia en los mayores pecadores? Haced, mi Dios, que no sea este un puro deseo, sino que el efecto corresponda à mi palabra, ó por mejor decir à la vuestra. Haced este milagro, no solamente por la conversion particular de aquel à quien mira vuestro designio, sino por el exemplo de todos mis oyentes. Así verificareis, divino Salvador,

lo que enviasteis á decir á Magdalena y á Marta; que la enfermedad de Lazaro no era de muerte, sino para gloria de Dios y de su Unigenito Hijo: *Infirmetas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam.* Y quando el estado de este pecador sea de muerte, esta muerte que se acabará, dice aqui San Agustin, no llegará á ser muerte eterna, antes servirá para mostrar y hacer mas admirable la virtud omnipotente de Dios: *Mors ista non erit ad mortem, sed ad miraculum.* Concurramos tambien nosotros para que este milagro se haga. De este modo glorificaremos á Dios, y volveremos á entrar por el camino de la eternidad bienaventurada, á donde nos conduzca, &c.

COMPENDIO

DE LOS SERMONES QUE CONTIENE
este Tomo segundo de Quaresma.

SERMON PARA EL JUEVES DE LA
segunda semana, sobre las riquezas. Pag. 1.

A Sunto. Sucedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infierno. Ved hai, dice San Agustin, una diversidad de suertes muy digna de admirarse; pero no debe desesperar á los ricos, ni ensoberbecer á los pobres: porque si hay ricos en el infierno, tambien se verán pobres en él; y si pobres en el Cielo, no serán excluidos de él los ricos; pues el mismo Abraham se nos representa hoy en el Cielo, despues de haber poseido en este mundo inmensas riquezas, segun el testimonio de la Escritura. Pero es preciso convenir en que la opulencia es mayor estorvo para la salvacion, que la pobreza. ¿Por qué? Esto intento mostraros en este discurso, alli.

Division. Las riquezas son materia de tres infelices concupiscencias que nos advirtió San Juan: concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y soberbia de la vida. Para entender mejor mi pensamiento se han de distinguir tres cosas en las riquezas; la adquisicion, la posesion, y el uso. El adquirir las riquezas, ó el desear adquirirlas, comunmente es ocasion de injusticia, y este es efecto de la concupiscencia de los ojos. 1. Parte. La posesion de las riquezas naturalmente hincha á una alma vana,